



La ocasión hace al ladrón

Alejandro Hernández

Alonso Rodríguez observó la plaza con cierto hartazgo. Verduleras, feriantes y los propios alfareros con los que había acudido al mercado le generaron una repentina angustia. Los gallos, aquella mañana, habían cantado tarde, como si no quisiesen que la villa despertase. Se entretuvo igualmente dentro del jergón, recordando el sueño donde había navegado hasta las Américas para hacerse inmensamente rico con el oro que decían llenaba hasta los ríos. Sueños, se dijo observando cómo la luz entraba por la ventana orientada al sur de la ciudad, muy cerca de la ronda.

Los azulejos los había cocido un par de semanas atrás. Eran los mismos azulejos de siempre con filigrana verde. Los había dejado en el suelo, dentro de dos sacos de esparto, para llevarlos a última hora de la tarde a la casa de Juan de Granada.

Estaba nublado y se notaba el viento del este que parecía querer meter el frío del otoño en los huesos. Sin embargo, y a pesar del día poco apacible, en la plaza se preparaba el mercado y los gritos de los comerciantes comenzaron a llenar las calles. Alonso pudo encarar el día con algo de esperanza ante la certeza de que, antes o después, acabaría en alguna de las tascas de la villa. tomando vinos. Ciertamente que había rezado a primera hora, antes de desayunar, y que luego había atravesado la pequeña arboleda que hacía las veces de oasis dentro de la vieja morería para encontrarse con los restos de la mezquita derribada. Pero Alonso rezaba con unas convicciones muy poco firmes y no mantenía los prefectos de la fe tal y como hubiese hecho un buen musulmán. Era Alonso Rodríguez hombre de taberna y gustaba de compadrear hasta que cerraban el tugurio o se acababa el saldo.

Estaba el barrio de Santa María bien adoquinado, quizás porque los moriscos eran organizados y cumplidores. Quizás porque todavía eran ellos los que se encargaban de muchas de las obras públicas dentro de la localidad. Sin embargo, a pesar de la conversión obligada, dentro de las paredes de su casa todavía perduraba la fe. Alá y el Profeta seguían siendo los verdaderos dioses dentro de la intimidad familiar. No eran los únicos. La conversión al cristianismo había sido una ceremonia pública donde muchas familias fueron bautizadas.

Al menos, pensó aburrido, ya tenía una venta asegurada para la remodelación de la casa de Juan de Granada, un viejo platero bien conocido en Valladolid. Era el platero hombre discreto, más bien callado, que hacía tiempo le había solicitado una buena cantidad de material para alicatar una ampliación del taller que tenía en la calle de la Costanilla. El hombre, bajito y de habla apocada, podía parecer a simple vista un pusilánime, pero se decía que era platero de los judíos, de los que no regalan ni los buenos días. Había llegado a un acuerdo con su padre para que, no solo fabricaran, sino que también azulejarían aquel anexo de la planta baja de su casa, por apenas cinco doblones. Eran tiempos difíciles para los moriscos aquel siglo XVI en una Castilla enardecida por las victorias militares y por el descubrimiento de unas Américas que parecían extenderse sin fin.

Alonso no hablaba árabe. Sin embargo, sabía escribir en latín las suras del Corán y ya desde pequeño su padre lo había mandado estudiar con el viejo alfaquí. El cargo de alfaquí, aunque desaparecido a principio de siglo, se mantenía dentro de la comunidad morisca sin que su nombramiento fuera público. Así, a Alonso también le conocían unos pocos moros de Valladolid por Suleimán, nombre que jamás era dicho fuera de la seguridad de la casa y que le fue puesto en honor

La ocasión hace al ladrón

del sultán otomano del que se decía capaz de reconquistar hasta la propia Al-Andalus. Sin embargo, y eso lo había aprendido a base de broncas, Valladolid estaba demasiado lejos del resto del mundo musulmán como para engañarse con una vuelta a la fe.

-Alonso, ¿pareces estar en Berbería? ¿Está todo bien?

Apenas reaccionó el joven, que apoyaba la espalda contra uno de los pilares que sostenían el soportal de una casa con visos de derrumbe. Levantó la vista para darse de bruces con Cristóbal, uno de los matafuegos, que vivía bien cerca de su casa, en la calle Carpintería. Le caía bien aquel chico de apenas quince años, que era puro nervio. Un perfecto hijo de su padre, también matafuegos. Se dieron la mano.

-En Berbería no, pero con salir de aquí me vale.

El chico le mostró la plaza, repleta de puestos y vacía de compradores. Después le enseñó la mano donde reposaban dos monedas bien brillantes.

-¿Y eso?

-Ayer, en la Tinaja, dos madrileños que se las daban de listos y acabaron más limpios que Cleopatra.

Alonso no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de su amigo. Después, tras hablar con su hermano durante unos minutos, le pudo convencer para que se quedase sólo en el puesto, prometiéndole que iba apenas a dar una vuelta y volvía. Se fue corriendo, como si temiera que su hermano mayor cambiase de opinión. Atravesaron el Esgueva por uno de los muchos puentes para seguir por Cantarranas hasta dar con la plaza del Almirante. Al final, llegaron a la plazuela donde se enfrentaban cuatro mesones y la parroquia salía de uno para entrar al siguiente. Lugar de peregrinaje diario para gran parte de los habitantes de la villa. La plaza, rodeada por cuatro edificios de una planta, era lugar de parranda, primera parada de cualquier tarde de diversión en la ciudad, donde el griterío escapaba de los bajos, repletos de queso, pan de aceite y vino. Un vino que, en el mejor de los casos, estaba sin avinagrar.

Tomaron asiento en una de las mesas más retiradas. Todavía estaba poco concurrido el local. Donde se sentaron, al abrigo de miradas, apenas llegaba la luz del sol y dos velas de sebo iluminaban levemente la mesa. Sin embargo, el hedor de la grasa impregnaba aquella zona haciéndola muy poco transitada.

-¿Pero no podemos ir a la puerta como todo el mundo? -protestó Alonso.

El joven se quitó el pelo de la cara. Dejó una de las monedas sobre la mesa y pidió vino. El mejor, le dijo al tendero que partía queso sobre una barra carcomida.

-Aquí sólo hay un vino, mocososo. ¿O ahora te las das de francés?

La parroquia, que había escuchado al viejo tendero, estalló en una carcajada que al joven, lejos de ofenderle, le hizo reír todavía con más ganas.

-Antes moro que francés -contestó apagadas las voces y sabiendo que sus palabras tenían algo de riesgo. Todos sabían que ambos eran de familias conversas, moriscos que habían abrazado el cristianismo pero sobre los que pesaban la dudas. Sin embargo, en cuestión de unos segundos, cada cual a sus asuntos y ambos jóvenes quedaron frente a la frasca de vino. Se la sirvió la hija del dueño, una mujer joven con paño en la cabeza y ojos hundidos que se decía había perdido la virtud con un protestante y que no había cristiano que se acercase. Vamos, una solterona.

Bebieron un par de jarros con ansia, como si algún dios despiadado fuese a quitarles el bebercio. Hablaron de las mozas y de las revueltas que se decía estaban por surgir en Granada. Sin embargo, cuando apuraban el tercero, se sentaron con ellos dos hombres que Alonso conocía bien: Pedro Bermúdez, al que llamaban el cojo, y Diego de la Cueva, franciscano tan sólo por la vestimenta, porque tenía más de fenicio que de religioso. Lo conocía Alonso desde muy niño ya que el convento era aledaño a la vieja morería y era práctica de todos los jóvenes robar de los frutales del patio.

-¿Qué queréis? -preguntó Alonso a esos dos hombres, uno embozado en su capa y el otro con el hábito marrón ceñido por un cordón de lana.

-¿No pueden hablar los hijos de Dios sin motivo? -dijo el mayor, el antiguo administrador de la huerta del convento con el que Alonso había tenido sus más y sus menos.

Hubo un silencio que comenzaba a taparse con las voces del cantinero, la parroquia y el crepitar de unos maderos que acababan de lanzar al hogar. Para terminar de enrarecer el ambiente, el fuerte viento que soplaba en la calle metía dentro del local parte del humo que ascendía por la chimenea.

-Tienes obras contratadas donde el platero, ¿verdad?

Alonso miró a Cristóbal con rostro de pocos amigos, pues supo en ese momento que aquello era lío seguro, especialidad de su compañero de vinos, y que si estaban en aquel rincón alejado del resto de la clientela era porque venían a proponerle alguna fanfarronada. Se dijo a sí mismo que, sin importar la propuesta, debía decir que no, pues ya tenía fecha para la boda con María, hija de otro de los artesanos de su misma calle, y no era cuestión de arriesgar esa unión de ambas familias.

-No tengo nada.

-Chaval -le dijo el cojo que mostró la faca que guardaba debajo de la capa- que sólo estamos hablando. ¿Acaso se mienten los cristianos entre ellos?

Trajeron otra jarra. El vino estaba suave, extrañamente poco agrio. Pregonaba el cantinero que acababan de abrir barril del mejor vino de Tudela de Duero y había colocado una hoja de laurel en la puerta como anuncio. No le faltaba razón y los clientes lo bebían con fruición. Alonso también se sentía mareado por el efecto del alcohol.

-Me tengo que ir con mi hermano -anunció terminando el último jarro y levantándose de la mesa.

El franciscano lo sentó de nuevo con una mano férrea y le pidió cinco minutos. Luego, si no le interesaba lo que tenían que contarle, bien podría salir por donde había entrado. A partir de ese

La ocasión hace al ladrón

momento, le fue relatado una extraña historia de plata de Perú, de perlas de Margarita y de oro de Nueva España que habían terminado en manos del platero por arte y gracia de la buena ventura que atesoraba aquel viejo agarrado como las garrapatas. Le dijeron que la obra que iba a realizar era sólo una forma de esconder aquellas riquezas y que si les ayudaba a conseguirlas se llevaría una décima parte del botín fuese cual fuese.

-¿Cuánto puede ser?

Sonrieron los tres contertulios ante la pregunta del Alonso.

-Lo suficiente para comprar Potosí.

El joven se quedó mirando su jarro, como si mezclado con aquel brebaje pudiese encontrar la respuesta precisa. En verdad, Alonso sabía que negarse era lo correcto, que aquellas aventuras terminaban, en el mejor de los casos, en los calabozos de la cárcel de la villa. Sin embargo, la idea de ser un hombre rico, de no tener que levantarse al alba para trabajar en el taller de su padre, le impedía decir que no. ¿Y si probaba fortuna? ¿Y si era tan fácil como entrar y salir de casa de aquel platero?

-¿Será a la fuerza? -Preguntó algo contrariado ante la idea de tener que hacer daño a ese hombre o a su familia.

Ambos hombres se miraron. Tenían rostros resecos y miradas duras.

-No dan morcilla a quién no mata puerco -le dijo el cojo que sonreía sin dientes.

Se llenó la taberna de silencio un instante y fue consciente Alonso de que quizás esta era su oportunidad, su manera de conseguir el dinero suficiente para salir de Castilla y asentarse en Fez o en Túnez, o donde fuese que su fe estuviese permitida, para luego poder peregrinar con toda su familia a La Meca. Su padre, hombre devoto, siempre se lamentaba de que ellos jamás podrían peregrinar, que jamás podría conocer los mismos lugares que había conocido Omar Patún en su viaje a la Ciudad Santa. Aquel manuscrito había llegado a su casa mucho antes de su nacimiento y era común que se relatasen sus historias junto al fuego. La rihla, el relato sobre la peregrinación escrita por aquel moro abulense, era una extensa guía de viaje en donde se narraban sus peripecias para llegar hasta la Ciudad Santa en el año cristiano de 1491. Su padre escondía aquel legajo junto con otros escritos en árabe en un falso techo de la vivienda y aprovechaba cualquier fecha señalada para sacarlos y relatar sus aventuras. De pequeño, cuando no hubiese sido capaz de poner en el mapa la villa Tordesillas, no dejaba de soñar con ciudades como Alepo, Damasco o El Cairo, que Omar Patún dibujaba con entusiasmo en sus páginas.

-Acepto -terminó por hablar con voz queda, quizás sabiendo que era una mala decisión.

Brindaron. No una vez. Sino varias. Después cantaron junto con el resto de borrachos de la taberna y tuvo que ser su hermano, un hombre pío, trabajador y tranquilo como su padre, el que sacase a Alonso de aquella espiral de dicha que parecía capaz de no acabar nunca. Por la tarde durmió la mona justo detrás del puesto de alcajería mientras su hermano se multiplicaba para dar abasto con la clientela.

A las siete de la tarde, tras el repicar de las campanas de la colegiata y recuperada la razón, Alonso salía con su carro repleto de azulejos en dirección a la casa del platero Juan de Granada. Así habían convenido, que mejor dejar el material a última hora del sábado y empezar los trabajos el lunes. Le acompañaba el joven Cristóbal que todavía trastabillaba por los efectos del vino. Se sentía Alonso entre esperanzado por la posibilidad de hacerse rico y temeroso de que todo aquel asunto acabase en tragedia. Hacía menos de un mes que habían colgado a varios mangantes por mucho menos de lo que se proponían ellos.

El carro pesaba con todo aquel material y el joven sentía la boca reseca. Por suerte, la Costanilla estaba al lado del mercado y no tardaron ni cinco minutos en encontrarse frente al pequeño palacio. Un poco más abajo, el olor acre de las carnicerías y el sonido del viejo mercado del Azoguejo donde manteros y boteros mantenían sus puestos les hizo arrugar la nariz.

-Ya era hora -les saludó un hombre sin pelo, viejo, enclenque y que parecía más muerto que vivo.

No respondieron los jóvenes al mayordomo. Atravesaron la puerta de gruesos tablones de madera para encontrarse con el patio del edificio. Tenía una pequeña fuente y dos caballos comían forraje en un lateral. Después, tal y como ya había visto en su primera visita, atravesaron la casa por un estrecho corredor sin puertas que comunicaba directamente con el taller. Detrás del taller, un segundo patio, más pequeño y descuidado donde se amontonaban las malas hierbas, servía de carbonera para el maestro platero. Aquella era la zona donde debían trabajar y hasta donde, esa tarde, tocaba llevar el material.

Antes de ponerse manos a la obra y trasladar desde un patio hasta el otro el material, el viejo platero se acercó hasta ellos para saludarles con simpatía. Estaba contento, quizás algo achispado después de una comida junto con unos viejos parientes que habían venido de visita desde Palencia. Juan de Granada le dio recuerdos para su padre, le dijo que estaba deseando ver aquel patio convertido en un magnífico vergel. Al fin, tras diez minutos de conversación, supieron con exactitud qué quería: una fuente redonda en el medio que regaría dos acequias. Junto a ellas tres manzanos y tres cerezos que darían sombra en el verano y aguantarían los rigores del invierno. En la pared, un mosaico de la virgen de San Lorenzo por la que sentía una profunda devoción. Se fue entregándole a cada uno de ellos una moneda, apenas un maravedí, que a pesar de su poco valor, le dejó un muy mal sabor de boca a Alonso Rodríguez y no pudo evitar recordar una expresión que había escuchado infinidad de veces: de buen moro buen cristiano, nunca lo vi en mis años.

-¿Empezamos? -preguntó un Cristóbal que parecía haber vuelto de su letargo alcohólico.

Comenzaron a llevar material desde un patio hasta el segundo, más oscuro, esperando les llegase el mejor momento para permitir la entrada a sus compinches. Al fondo, rodeado de zarzas, un pequeño muro mostraba los límites de la antigua finca del platero que había sido ampliada con la compra de un huerto perteneciente a un local en Cantarranas. Así quería ampliar Juan de Granada su taller que, en los últimos años, había prosperado gracias a la cantidad de plata que provenía del otro lado del océano.

La ocasión hace al ladrón

En uno de los tránsitos se encontraron con una sirvienta que salía a tender. Hacía algo de frío y el viento había arreciado.

-¿Qué hace trabajando una mujer que de guapa podría ser señora? -le soltó un Cristóbal que parecía no tener vergüenza.

La chica, joven, se giró en un primer momento intentando escapar de aquel encuentro que no había previsto. Ni tan siquiera se había tapado los hombros con un paño pensando que no habría más compañía que la de los animales.

-¡Que no mordemos!

La mujer, sin embargo, se repuso de la sorpresa y siguió con sus quehaceres. Tan solo le respondió que si tenía tantos dientes como vergüenza poco le preocupaba que le fuese a morder. Hasta Alonso no pudo evitar soltar una carcajada ante la ocurrencia de la mujer.

-Más peligroso es el diente de una víbora que las fauces de un león -le dijo a su amigo que no salía de su asombro ante las palabras de la criada.

Sin embargo, aquellas pullas fueron el comienzo de una conversación con la joven que parecía contenta de tener compañía en aquella noche de sábado. Natural de Astorga, había venido hasta Valladolid para servir al platero desde hacía más de un lustro. Al final, cuando ya tenían ganada su confianza, Alonso le pidió si podían darles algo de comer, quizá un poco de pan porque estaban hambrientos. Ella le permitió acceder a la casa mientras Cristóbal se quedaba en el patio. Ambos se miraron un segundo porque aquella era la oportunidad perfecta para permitir a sus compañeros de fechoría entrar en el patio.

Mientras Alonso atravesaba la cocina alucinado con tanta olla, chimenea y despensa que tenía aquella casa, Cristóbal abrió el portón de la cancela para permitir acceder a los dos cómplices. Después, los tres se quedaron al lado de la puerta a la espera de que saliese la criada con la comida prometida.

-Los olleros no necesitan más clientes que tu señor para poder vivir -exageró Alonso con la visión de tanta cazuela, quizás queriendo dejar de pensar en lo que estaba a punto de suceder.

La chica sonrió. Don Juan ha tenido suerte, le reveló bajando la voz en aquel lugar oscuro y repleto de olor a ajo y a laurel. Sobre un aparador de madera reposaban varios hinojos y los últimos tomates recogidos del año. El olor de la pimienta se mezclaba con el de la grasa con la que se cocinaba algún guiso para el día siguiente. Almendras, lentejas, garbanzos y una decena de cebollas esperaban su turno para entrar al puchero. Unas salmueras reposaban en viejas ollas de hierro justo al lado de un par de viejos fuelles con el que avivar la lumbre. Jamás había visto Alonso una cocina mejor nutrida. Al final, dentro de una alacena de la que nacían unas escaleras que llevaban a la bodega de raíz, un jamón colgaba del techo junto con varios chorizos y morcillas.

-Aquí el hambre ni se nombra -se dijo a sí mismo Alonso. Él, que nunca había pasado más fatigas que las de trabajar, no pudo evitar sentir envidia ante el poderío de aquella casa que, desde fuera, bien podía haber sido la de un artesano cualquiera.

Volvieron con pan y queso. Nada más abrir la puerta, los dos hombres se colaron en la casa de platero sin que Leonor, que así se llamaba la joven sirvienta, fuese consciente. La chica, después de toda la jornada sin más compañía que la ropa sucia, seguía charlando con el joven. Era graciosa y poseía un desparpajo que Alonso no reconocía en su prometida. María Guisado, que ni tan siquiera cruzaba palabras con él a la espera de convertirse en su esposa, era la hija de unos vecinos, también moros. Una mujer aburrída, se dijo mientras observaba a la criada moverse por el patio. Quizás, pensó con cierto alivio, si me hago rico esta noche podré buscarme una mujer que sea más interesante.

-¿Y tú eres moro? -le preguntó a bocajarro la chica con los brazos en jarras y ahora sí una tela de punto cubriéndole los hombros.

-¿Por qué lo dices?

Ella sonrió. No sé, le dijo, tienes algo en el pelo o en los ojos que no es cristiano.

Alonso lo negó. Hacía solo dos años que se había celebrado el último auto de fe y no le hacía ninguna gracia que se supiese a simple vista de qué pie cojeaba. En aquella ocasión quemaron a una quincena de luteranos. ¿Qué no harían con los musulmanes?

-Lo que tú digas -le contestó con una sonrisa. Después, la chica le preguntó dónde estaba el deslenguado de su amigo.

Atravesaron el pasillo hasta llegar al segundo patio donde Alonso ya sabían que tampoco estarían. La chica supo que sólo podía haberse colado dentro de la casa y empezó a sudar. Si pillaban a ese rufián merodeando por las habitaciones tendría un problema. Salió disparada a la puerta y ni tan siquiera Alonso fue capaz de seguirla. Se quedó allí, en medio de la noche, observando las estrellas y rezando para que sus compinches consiguiesen el botín sin derramar sangre.

No supo qué hacer. De pie, observando a los caballos, Alonso tuvo la repentina certeza de que aquella jornada acabaría mal y que se podía olvidar de tesoros, bodas y, con un poco de mala suerte, hasta de su vida. Empezó a mover los azulejos que quedaban de un patio al otro. Al menos, se dijo, dejar la tarea hecha a mi padre y hermano que bastante tendrán con la vergüenza que se les vendrá encima. Poco a poco, y sintiendo cómo el sudor empapaba su camisa, recorrió aquel pasillo una centena de veces. Cuando era noche cerrada y sentía las piernas cansadas del esfuerzo, se abrió nuevamente la puerta. Era la chica.

-Entra liante, que te vas a deslomar con tanto trajín que te traes.

Recorrieron la misma cocina y fueron hasta la alacena. Allí, sus otros tres compinches esperaban guarecidos por la oscuridad casi total de la estancia. La chica les dijo que los señores ya habían cenado y apenas quedaba nada por hacer.

-Lo que hemos convenido -continuó-, os bajáis a la bodega, bien callados, y esperáis a que estén todos dormidos. Luego yo os aviso. ¿Entendido?

Alonso no podía verle la cara, pero sintió que aquella mujer era, con mucho, la mujer que quisiese para él y para su casa. Tenía una determinación ajena a su prometida, una desenvoltura que

La ocasión hace al ladrón

le resultaban del todo atractiva. Cuando sus pasos se perdieron lejos, en la primera planta de aquella casa, Alonso no pudo quedarse callado.

-¿Pero qué ha pasado?

Le chistaron para que no levantase la voz. Vamos, dijo el franciscano mientras comenzaba a bajar las escaleras que llevaban a la bodega. Eran peldaños de madera de pino, toscos y desgastados. Sintió Alonso en cada paso que aquello cedería con su peso. Abajo, la oscuridad era total. Sólo cuando bajó Diego de la Cueva con un candil de bronce, pudo recorrer aquella estancia de techo bajo. El olor de la lámpara de aceite se mezcló con el de la humedad que reinaba en aquella cueva. Era estrecha pero alargada y en su extremo se apilaba la leña que consumirían en el invierno que estaba por comenzar. Encima de la leña, una ventana repleta de mugre no dejaba entrar la luz de la luna. Había una tinaja que se imaginó Alonso usaban para guardar el aceite y otra todavía más grande que se hundía en el propio suelo. A su lado, dentro de una enorme cesta de mimbre, se amontonaban las castañas que parecían a medio pudrir.

Alonso se sentó sobre una balda de madera repleta de polvo. A partir de ese momento, sus compañeros le relataron cómo habían convencido a la sirvienta para que les ayudase con aquel golpe. Descubrieron que la joven odiaba a la señora, una tirana que era la que realmente administraba aquel negocio y la que no permitía desvíos ni tan siquiera en las raciones diarias de comida.

-¿Y qué se lleva ella?

Los dos hombres se miraron un segundo mostrando, entre las sombras que bailaban a su alrededor por culpa de una corriente de aire que mecía la llama del candil, sus intenciones de compartir lo menos posible.

-Un diez por ciento del botín -respondió el cojo mientras daba una vuelta por la estancia.

Debía tener casi diez metros de largo y al final, oculto por una cortina, dio aquel malhechor de tres al cuarto con una barrica de vino. Ninguno dijo nada y, sin dudarlo ni un solo segundo, comenzaron a beber de aquel tonel con la sana intención de entretener aquel tiempo muerto. Se sirvieron con ayuda de unos viejos jarros de madera que recogió Cristóbal de la cocina.

-Joder con el platero, pregona vino y vende vinagre.

Alonso asintió tras el primer trago que casi le provoca una arcada. El vino estaba picado y persistía un fuerte sabor a rancio. Ya no solo a vinagre, sino a descomposición. Sin embargo, continuaron con el saqueo. Aderezaron aquel trago con el queso y el pan que les había dado la buena mujer. Estuvieron hablando en susurros y, perdida la cuenta de los tragos, escucharon ruido en la cocina. Se hizo el silencio y sólo cuando escucharon la voz de la criada respiraron tranquilos.

-Ya podéis subir -les dijo.

El primero en hacerlo fue Alonso. Se levantó y a punto estuvo de caer al suelo de nuevo. Se preguntó qué llevaba aquel vino mientras se agarraba con fuerza a la escalera. Ninguno dijo nada, pero todos sintieron cómo la cabeza les daba vueltas intentando desenroscarse del cuello para caer de nuevo al piso.

-Joder con el vinagre -anunció Diego de la Cueva provocando una incontenible risa entre sus compañeros.

La chica, asustada ante aquella hilaridad, miró a los ojos a Alonso nada más ascender de la bodega.

-¿Habéis estado bebiendo, desgraciados?

Alonso aguantó el tipo ante aquella mujer que, de repente, le pareció de una belleza arrebatadora. Negó con la cabeza mientras se movía hasta una mesa en la que reposaban los platos y vasos sucios de la cena. La chica fue ayudando a sus otros compañeros en aquella subida que, de no ser por la repentina borrachera, no hubiese sido más complicado que el descenso.

Sería el último en subir Pedro Bermúdez, que llevaba la candela en una mano y con la otra sujetaba la capa y hacía ostentosos equilibrios de funambulista para mantener la horizontal. Leonor, como a los demás, le tendió la mano para ayudarle con los últimos escalones. Sin embargo, en un ataque de hombría, rehusó su ayuda asegurando que no había suficiente vino en la villa para tumbarle. Acto seguido, el propio Alonso se acercó a tiempo para ver cómo el hombre al que apodaban el Cojo tropezaba en el tercer escalón para luego soltar el candil que se desparramó sobre el suelo sucio de la bodega. El aceite se esparció por buena parte de la habitación incendiando las cortinas que separaban las tinajas.

Apenas hubo más palabras que el nervio que hizo que la joven criada fuese a buscar una jofaina repleta del agua de fregar que, lejos de reducir el pequeño incendio, lo avivó con fuerza. Lo que parecía controlable, demasiado rápido, llegó hasta las pilas de madera reseca que, como si fueran velas, prendieron a toda velocidad generando unas llamas que amenazaban con llegar a la techumbre.

Intentaron apagar el fuego entre los cinco, pero pasados diez minutos supieron que sería imposible. El humo que se había generado hacía el ambiente irrespirable. Los dos hombres más mayores, viendo el percal que se les venía encima, abandonaron la concina sin decir esta boca es mía mientras Alonso seguía ayudando a la joven en sus infructuosos intentos de parar aquel incendio. Cristóbal, que de fuego sabía más que nadie, también supo que lo mejor era largarse de allí, no solo porque el incendio estaba desbocado, sino porque sería imposible justificar su presencia en aquella casa.

Cuando las llamas ya habían llegado a la trampilla y el suelo de la cocina se sentía caliente, Alonso se dio cuenta de que estaba él solo con la criada. Le escocían los ojos por el humo y la borrachera, que veinte minutos antes parecía imposible de aplacar, había desaparecido por completo. Supo que debía irse, que quedarse allí era la peor de las opciones. Miró hacia el final de la cocina, por donde se llegaba hasta la puerta que daba al patio de los caballos y la criada pudo ver su mirada y sus intenciones.

-Lárgate -le dijo tajante-, que ya has hecho bastante.

Quiso decirle que no, que se quedaría con ella, que le ayudaría a sofocar el fuego, pero las llamas ya habían llegado a la cocina y era cuestión de minutos que se llevasen por delante la casa por

La ocasión hace al ladrón

completo. Pensó un momento en el tesoro del viejo y se dijo que no habría oro en el mundo que le salvase de la horca si lo encontraban allí. Antes de salir, observó a la chica que ya corría en dirección a los aposentos de la planta superior para dar la voz de alarma.

Salió a todo correr y cerró la puerta de la cancela. Ya no estaban sus tres compinches y supo que mejor que no le viesen por allí cerca. La calle estaba desierta y el viento del este soplaba con fuerza. Sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo. Bajó la Costanilla mirando hacia la casa. Pronto le pareció ver cómo el humo llenaba el cielo y, un minuto después, toda la familia del platero estaba fuera y vecinos y sirvientes corrían de un lado para otro buscando ayuda. Alonso, que ya había llegado al Esgueva, se dijo que podría ayudar en la extinción de aquel incendio, pero luego supo que no, que si le veían rondar la casa podrían atar cabos y mejor no tentar a la suerte. Ahora sólo le quedaba rezar para que aquella buena criada no dijese ni una palabra de su intento de robo.

Eran las 02:00 de la madrugada del 21 de septiembre de 1561, día de San Mateo, y aquel sería el inicio del mayor de los incendios que jamás sufriese Valladolid. En las siguientes cincuenta horas, una décima parte de la villa quedaría arrasada y se demoraría más de una década en reconstruir todos los edificios afectados.